

CUENTO N° 288

TÍTULO: EN EL CEMENTERIO

SEUDÓNIMO: TROMPITO

AUTOR: ADOLFO ANÍBAL MIRANDA CORONA

EN EL CEMENTERIO

A mediodía la anciana ingresó al Cementerio General; caminaba con dificultad y apoyada en un bastón, debido al dolor que le producía su cadera desgastada. Alta, sus ojos y cara delataban un origen europeo. Usaba un sencillo vestido color lila, pero de calidad, lo mismo que su cartera de cuero negro. Avanzó por una de las avenidas principales y muy pronto se sentó a descansar en un escaño, y también para gozar los rayos de sol de septiembre. Cada tanto concurría al cementerio para visitar la tumba de su esposo, fallecido hacía diez años, y la de su hijo mayor, sepultado junto a él hacía dos. Su hija menor la acompañaba habitualmente, pero como estaba fuera de Santiago decidió ir sola.

Luego reanudó su camino hasta el próximo banco, donde llegó a sentarse con agrado. El escaño era largo y al otro extremo se hallaba un hombre joven de poco más de treinta años que inclinado ojeaba un libro. A ella de inmediato le llamó la atención su pulcritud y elegancia; muy bien peinado, lucía un terno gris oscuro, camisa blanca con colleras y brillantes zapatos negros. Lo miró a menudo y le sonrió cuando él —al dar vuelta una página— devolvió la mirada; en respuesta recibió apenas un estirar de labios. A pesar del débil ademán, le preguntó con suavidad:

—Disculpe mi curiosidad, hace años que vengo al cementerio y veo todo tipo de personas, pero nunca me había encontrado con un joven tan elegante. Pareciera que usted va a una fiesta o a algo así, en cambio lo veo leyendo un libro en el camposanto. Yo vengo a ver a mi marido y a un hijo, y usted ¿viene por alguien?

—Sí, respondió el hombre sorprendido, por mi esposa que falleció hace tres años. La vengo a ver todos los meses y me visto así porque este es el terno que usé en el matrimonio y es el que a ella más le gustaba. Y el libro, bueno, son poemas de Óscar Hahn. Le encantaban y cada vez que la visito le leo algunos.

Ahora la anciana era la sorprendida. Nunca había sabido de gestos tan finos como esos. Le dijo que lo felicitaba, que lo admiraba y le preguntó por su esposa. Así supo que era profesora de inglés, amante de la poesía, que había fallecido en un accidente de tránsito y que a partir de entonces permanecía solo. A su vez, ella le contó acerca de su marido y del dolor por la pérdida del hijo mayor.

—Se nota que usted la quería mucho—. El lo confirmó, diciendo que los dos años que duró el matrimonio habían sido felices y que aún la recordaba a diario.

—Está bien que la recuerde, pero usted debería comenzar una nueva vida. No creo que su esposa esté contenta viendo que permanece solo y muy atado a su recuerdo. Cuando hoy hable con ella, pídale que lo ayude a encontrar una compañera. Le aseguro que accederá; recuerde que toda mujer tiene un instinto maternal.

—La verdad es que soy bastante solitario y tengo muy pocos amigos. Además, esto no me ayuda mucho, dijo girando su cabeza hasta mostrarle que en el otro costado le faltaba la oreja. —La perdí en el accidente en que murió.

—No me parece que sea un inconveniente serio, comentó. Todo va a depender de la actitud con que usted enfrente la vida. Más que en los defectos debe pensar en los dones que tiene y con ellos tejer su futuro; los bonitos recuerdos deben mantenerse con respeto, pero bien guardados. Le propongo

algo: que a partir de hoy usted haga un esfuerzo real por salir de la soledad, y que nos reunamos en un mes más en este mismo banco y entonces usted me contará qué avances consiguió.

Demoró en responder. Comprendía que la anciana tenía razón, pero a él no le resultaba fácil aceptar el desafío. Al final, vio que la propuesta era conveniente y terminó accediendo.

Se pusieron de pie y entonces ella le preguntó su nombre. Luego, dándole la mano, se despidió:

—Esteban, ha sido un gusto. Será hasta el próximo mes. ¡Ah! Me olvidaba, no deje de venir porque ese día estaré con mi hija menor. Es alegre y buenamoza, le va a gustar.

////////////////////////////////////